

El vicio de acumular

Lobsang Castañeda

Detrás del acaparamiento de muñecos de porcelana, madejas de estambre sin ovillar y ejemplares de Populibros La Prensa puede haber una inquietante pulsión de trascendencia

I

NO ME DECLARO INCOMPETENTE en el vicio de acumular. Los que me conocen saben que, aunque aficionado a la austeridad, estoy lejos de vivir como un carmelita descalzo. Más de tres mil libros me desmentirían a la hora de ostentar las virtudes de un hombre recatado, ligero en el tener o sensible a los límites del espacio. Miles de hojas de papel encuadradas extinguirían con su desmesura el fuego de mi apócrifa templanza. Compró libros —y de vez en cuando hasta los leo— como si fueran calcetines, pero hace mucho que no me compro un par de calcetines. Mi señora, con la infinita paciencia que la caracteriza, me ha visto dilapidar fortunas en lujosas librerías de nuevo y polvorientas librerías de lance. Resignada, creo, a convertirse en el único sostén de nuestra incipiente familia, contempla con gusto y hasta con alegría los alelamientos bibliófilos de un niño de treinta años.

Sin embargo, tampoco me considero un experto en el peliagudo vicio de acumular. Sí lo son, por ejemplo, algunos de mis familiares, auténticos recolectores de baratijas. Sin ir más lejos, mi tía X. ha visto crecer en los últimos meses su ya de por sí fastidioso muestrario de porquerías. Heredera, a su vez, de otra tía, no sólo ha recibido con entusiasmo varias valijas con ajuares de principios del siglo pasado sino que se ha vuelto una acérrima visitante de tiendas de antigüedades y mercados de pulgas. La última vez



que la visité, se mostraba contenta, incluso eufórica, por haber inaugurado oficialmente su colección de elefantes de mármol, luego de adquirir tres proboscídeos de diferentes tamaños en una humilde mercería. Con la insolencia que siempre la ha acompañado, todavía tuvo el descaro de decirme: “En el *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot leí que, en un sentido amplio y universal, los elefantes representan la fuerza y la potencia de la libido. Que por su forma y color se consideran símbolos de las nubes y que, durante la Edad Media, pasaban por emblemas de la sabiduría, la eternidad y la piedad. Por estos motivos he iniciado mi colección”. Pobre de mi tía X., solterona involuntaria, que por andar consultando diccionarios —y no haber dado rienda suelta a la potencia de su libido— se quedó para vestir santos.

También mi primo Z. es fanático de los trebejos y los tiliches. Seducido por la tecnología, ha convertido la cochera de su casa en un museo de máquinas desvencijadas. Una compresora oxidada, un cinescopio, tres motores de licuadora, una rueda de bicicleta, dos computadoras partidas por la mitad y el cascarón de un viejo Plymouth Barracuda 1970 forman un laberinto de pasillos intransitables, no apto para claustrofóbicos. Pero si la cochera de la casa es impresionante, el interior lo es aún más, pues su esposa lo ha atestado de vitrinas que contienen gatos de porcelana, muñequitos de plástico, recuerdos de bodas, bautizos y fiestas de quince años, separadores con frases cursis o poemas románticos, ceniceros, refacciones de distintos electrodomésticos, vasitos llenos de mondadientes, fotografías, monedas extranjeras con nulo valor numismático, facturas, recibos, boletos, frascos con canicas, clavos y tuercas, llaveros, bolígrafos sin tinta, envolturas de golosinas con motivos y colores llamativos, zapatitos de bebé, figurillas de plastilina, cosméticos, medicinas, encendedores, saleros, aretes, etc. Toda una variedad de objetos curiosos que sólo sirven para azuzar las apetencias de mi siempre insatisfecha prima.

Comprendo, ciertamente, que para mi tía y mis primos el infierno tenga cara de departamento de objetos perdidos. Comprendo también que, en ocasiones, veneren en exceso la “originalidad” de sus pertenencias, aunque muchas de ellas se hayan fabricado en serie. Lo que no entiendo es esa insana propensión a acumular cosas porque sí. Yo al menos puedo justificarme alegando que los libros son mi herramienta de trabajo como lo son, para el carpintero, el cepillo y el martillo o, para el plomero, el soplete y la llave inglesa. Pero ¿a quién le pueden interesar tres pilas de libretas usadas o los distintivos de una graduación realizada hace veinte años? ¿A quién le pueden ser de utilidad 173 botellas de vino chileno vacías o nueve ternos de poliéster de los años ochenta? ¿Por qué atesoramos postales de lugares a los que nunca hemos ido, cajitas de cerillos con leyendas al reverso o regimientos completos de soldaditos de plomo? ¿Por qué nos rehusamos a tirar lo que a simple vista ya resulta obsoleto? Tal vez la respuesta no se encuentre en los objetos mismos sino en algo situado más allá de ellos. Tal vez, para decirlo en términos filosóficos, se trate de un asunto menos físico que metafísico.

En gran medida acumulamos cosas debido a nuestra mala memoria. Frenados por trastos y cachivaches, intentamos resucitar recuerdos. Amontonando objetos, creemos asegurar la pervivencia de lo que está condenado a perderse en el olvido. Si no deseamos los cacharos no es porque nos agraden o porque, zambullidos en los almíbares del masoquismo, sintamos placer al ver reducida nuestra movilidad. No hay ninguna “razón del gusto” que determine nuestros afanes compilatorios. En la espesa noche de la materia, no nos guían ni las inclinaciones ni las preferencias sino la posibilidad de actualizar un evento anterior, una atmósfera disipada, un instante fugitivo. Al interrumpir el flujo natural de las cosas, ganamos la certeza de que el pasado fue real, de que sí sucedió, de que estuvimos ahí. Coleccionando elefantes de mármol



mi tía puede constatar —para ir de menos a más— un viaje a la mercería, la lectura del diccionario de Cirlot y su sueño de convertirse en una brillante intelectual en medio de un país de trogloditas. Almacenando pedazos de máquinas, bujerías y chirimbolos mis primos pueden dar fe de su creciente polimatía aunque, en un plano menos condescendiente, sólo pongan en evidencia su vasta estupidez. Así, tía y primos aglomeran objetos para expresar acciones. Ven en cada cosa un engrane esencial de la memoria sin darse cuenta de que hay algo que, sin ser tan estorbo o molesto, se acumula con mayor poderío: la experiencia.

II

¿Qué significa acumular experiencia? ¿De quién decimos que tiene “mucha experiencia”? En un ensayo célebre, Walter Benjamin, ese obstinado inspector de la realidad, denunciaba la baja cotización de la experiencia luego de la Primera Guerra Mundial, es decir, luego de “una de las experiencias más atroces de la historia universal”. En efecto, ni el hecho de haber presenciado el mayor despliegue de recursos técnicos al servicio de la destrucción pudo evitar que los soldados volvieran mudos del campo de batalla y que, por ello mismo, fueran incapaces de relatar lo que habían vivido. Imposibilitados para legar una experiencia, padecían una pobreza extrema, el germen de una nueva barbarie instigada precisamente por el propio desarrollo de la técnica. Para Benjamin las innovaciones tecnológicas de la llamada “segunda revolución industrial” mutila-

ron aquella suficiencia narrativa mediante la cual los mayores transmitían enseñanzas, consejos, proverbios o lecciones de vida que trascendían las necesidades inmediatas y los éxitos momentáneos de la juventud. En este sentido, la pérdida de experiencia se encuentra íntimamente relacionada con una saturación de estímulos que provoca la ausencia de palabras perdurables. Si pudiéramos ver el asunto desde el lado opuesto, diríamos entonces que tener experiencia significa, en un primer momento, poseer palabras para contar historias y custodiar el lenguaje con miras a la difusión de mensajes edificantes.

Sin embargo, Benjamin resalta también el lado “positivo” de la pobreza de la experiencia al hacerla punto de partida de la creación. No otra cosa, dice, han pretendido filósofos como Descartes, científicos como Einstein o artistas como Paul Klee al hacer *tabula rasa* y “construir desde poquísimo y sin mirar ni a diestra ni a siniestra”. En el marco de una tétrica desolación, hay creadores que se ven a sí mismos como criaturas nuevas que hablan en una lengua distinta y rechazan la igualdad entre los hombres, principio fundamental del humanismo. Si pudiéramos ver el asunto otra vez desde el lado opuesto, diríamos que, en un segundo momento, tener experiencia significa no vislumbrar ni la más mínima oportunidad para volver a empezar, estar a expensas de lo establecido y limitarse a participar de los sentidos que, para bien o para mal, ya configuran nuestro mundo. En suma, al hablar de pobreza de la experiencia enunciamos, al menos, dos cosas: la carencia de recursos narrativos y la posibilidad real de construirlos.

Para evidenciar el carácter bipartito de la pobreza de la experiencia como resultado de la técnica —simbolizada por materiales de trabajo como el vidrio o el acero— Benjamin contrapone la retorcida y afelpada decoración de los cuartos burgueses de finales del siglo XIX, pues en ellos tiene lugar, asegura, un paisaje saturado, repleto de “chucherías en los estantes, velillos sobre los sofás, visillos en las ventanas, rejillas ante la chimenea” y demás objetos que reflejan la huella de sus moradores. Cuartos en los que el hacinamiento se vuelve la forma más efectiva para apropiarse del espacio y para desplegar las cualidades de una personalidad siempre en peligro de extinguirse. Cuartos en los que la pobreza de la experiencia parece no tener lugar o en los que debe sortear una serie de obstáculos relacionados con la acumulación de las cosas para instaurarse. Sin embargo, este tipo de habitaciones, dice Benjamin, son cada vez menos frecuentes. Enemiga de la abundancia y el despilfarro, la técnica nos ha obligado paulatinamente a entregar “una porción tras otra de la herencia de la humanidad, con frecuencia teniendo que dejarla en la casa de empeño por cien veces menos valor para que nos adelanten la pequeña moneda de lo actual”. Es ahí donde, configurado desde una perspectiva mucho más profunda, el vicio de acumular adquiere una suprema importancia y donde, adherido al valor de las historias, el acumulador o coleccionista se convierte en una figura de primer orden.

Finalmente, analizando las ideas de Benjamin sobre la naturaleza bífida de la experiencia puedo comprender mejor las manías recolectoras de mis familiares. Gracias a su doble significación puedo esclarecer algunos hechos que, en más de un sentido, me parecían oscuros o intrascendentes. En efecto, bajo el influjo de la suficiencia narrativa las fabulaciones de mi tía X. adoptan un cariz distinto. Quizá detrás de la retahíla de argumentos esgrimidos para justificar su nueva colección de elefantes de mármol exista también una legítima necesidad de transmitir valores nobles y

perdurables, exhortaciones que nos faciliten a todos el allanamiento de los siempre escabrosos caminos de la vida. Quizá lo mismo suceda con los intereses multiformes de mis primos: que sean vehículos adecuados para sembrar en los demás la tierna semilla de la curiosidad y el conocimiento. Más aún, quizá para alejar de sus tediosas existencias cualquier intento de comenzar de nuevo, los tres busquen, mediante el acopio indiscriminado de objetos, reafirmar las huellas de su propia personalidad, afianzar los rasgos que los identifican y diferencian del resto de los mortales. Por mi parte, después de leer el ensayo de Benjamin prefiero cultivar sólo parcialmente el vicio de acumular. Seguiré adquiriendo libros, por supuesto, pero sin perder de vista el lado positivo de la pobreza de la experiencia. Atraído constantemente por la seducción de los inicios, agregaré a mi descontrol bibliómano el también encomiable vicio de escombrar. 

